



Detalle del ajuar metálico de la tumba 28 de Las Ruedas (Pintia, Padilla de Duero), correspondiente a un guerrero sexagenario de alto estatus. Siglo IV a.C.

LOS VACCEOS

Carlos Sanz Mínguez y Ricardo Martín Valls

LOS VACCEOS, UNA DE LA ETNIAS PRERROMANAS MÁS CULTAS, a decir de Poseidonio, de cuantas habitaron la Meseta Norte peninsular, se extendían por su zona central, ceñidos básicamente al curso medio del río Duero, ocupando una superficie estimada en unos 50.000 km². El carácter histórico de este *populus* y, en definitiva, su salida del anonimato de la Protohistoria más reciente, viene definido, como en otros casos, por las referencias proporcionadas por las fuentes clásicas. Unas referencias que, a tenor del testimonio de Polibio al narrar la campaña de Aníbal en el verano de 220 a.C., fijan a esta etnia conformada como mínimo en el final de la tercera centuria antes de la Era. Será la metodología arqueológica la que pueda indagar en el momento previsiblemente anterior de formación identitaria, así como en el proceso operado aparentemente sin solución de continuidad entre la cultura soteña, característica del Primer Hierro, y el mundo vacceo, indagando en preguntas tales que el dónde, el cuándo y el cómo, o incluso en otra más compleja como el porqué.

Cuestión de los orígenes que, según las épocas y las corrientes historiográficas más en voga, ha intentado ser contestada desde aproximaciones exógenas —invasionistas/difusionistas— o endógenas. Entre las primeras son bien conocidos los trabajos de P. Bosch Gimpera, según el cual los vacceos pertenecerían al grupo de los belovacos, quienes hacia el 600 a.C. y en unión de otros pueblos celtas como los arevacos —o vacceos extremos— habrían llegado desde el norte de Europa dentro de la fase última de la segunda oleada céltica con incidencia en la Península Ibérica. Otros autores posteriores como F. Wattenberg defendieron igualmente una invasión céltica continuada, haciendo responsable de la operada en torno al 400 a.C. la llegada de arévacos y vacceos, si bien en este caso, el lugar de origen propuesto sería la cultura de Klicevac, vinculada al curso del Morava en el Danubio medio.

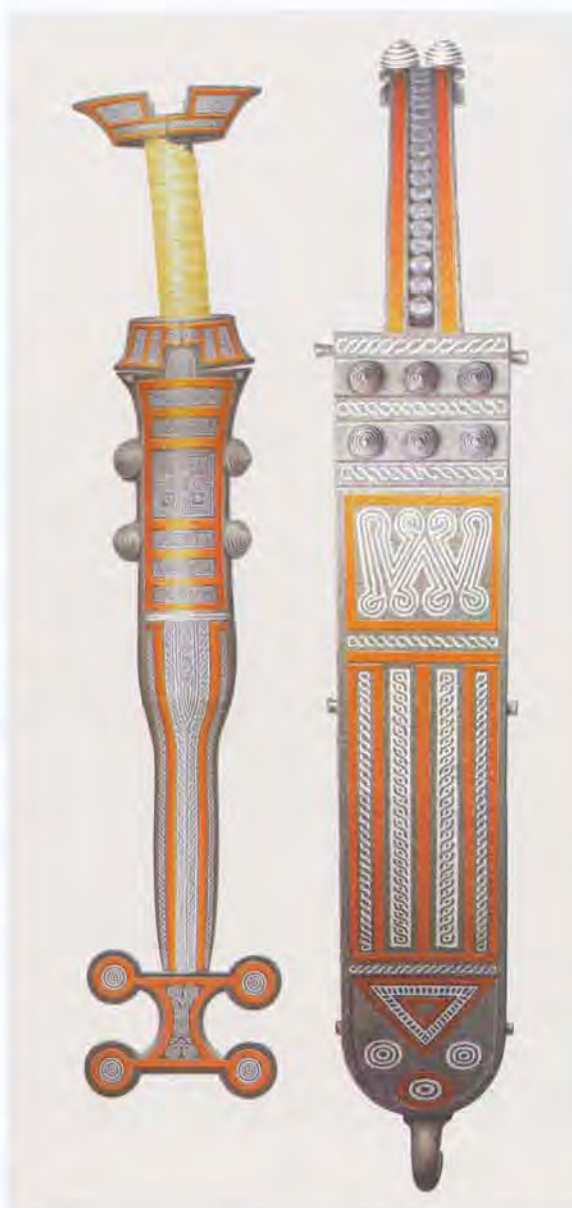
A partir de la década de los setenta, habida cuenta, de un lado, las dificultades para documentar arqueológicamente las migraciones, de otra la manifiesta relación de dependencia que ofrecen algunos aspectos económicos y artefactuales con respecto al mundo soteño de la Primera Edad del Hierro, el proceso en términos de continuidad ha dado el relevo a las teorías de corte rupturista.

Así pues, parece que es en un momento pleno de la cultura del Soto cuando debemos comenzar a vislumbrar una serie de cambios que conducirán, sin solución de continuidad, al mundo vacceo, en una fecha que hipotéticamente podríamos situar en torno al final del siglo V a.C. Ciertamente, la arquitectura estable de adobe, tapial y madera de la que hiciera gala el mundo soteño, al tiempo que su orientación económica agropecuaria de base cerealista en los fondos de los valles, su relativa coincidencia espacial con respecto al posterior territorio vacceo, o la continuidad que manifiestan algunos de los recipientes cerámicos de elaboración manual, unido a la realidad arqueológica que ofrecen yacimientos bisagra como la Mota de Medina del Campo o Cuéllar, en los que atisbamos en un contexto episoteño la incorporación de producciones elaboradas a torno, los primeros elementos metálicos en hierro (pequeños cuchillos), etc., parecen estar en la base del proceso que permitirá en un determinado momento hablar de la etapa vaccea. Nuevo periodo que pese a los citados aspectos de continuidad se diferenciaría con cierta nitidez por cuestiones como la apa-

rición de necrópolis previamente desconocidas, una organización del espacio diferente con el surgimiento de auténticas oppida o ciudades que representan a su vez cambios sustanciales en la organización social y económica, la generalización de la metalurgia del hierro, etc. Otros rasgos, como las ausencias de epigrafía indígena y acuñación de monedas, constituirían, a su vez, elementos significativos de delimitación del territorio vacceo con respecto a algunos de sus vecinos, sobre todo orientales.

Si comenzamos una caracterización más detallada de esta etnia, uno de los primeros aspectos que deberían valorarse es el de su extensión territorial. Aspecto éste que en cualquier caso no es sencillo de establecer habida cuenta el carácter dinámico de las etnias y los posibles fluctuaciones a lo largo del tiempo y el espacio, como las propias fuentes vienen a sugerir en la adscripción a este o a otros populi de determinadas ciudades extremas como Salamanca o Palenzuela. No obstante, en términos generales, puede señalarse que los vacceos ocuparon la Tierra de Campos, los Montes Torozos, el valle del Cerrato y las campiñas meridionales del Duero; un espacio delimitado al oeste por los ríos Cea y Esla que actuarían de frontera con los astures, al norte, aproximadamente por la línea de Carrión de los Condes y hasta la confluencia con el Pisuerga y el Arlanza, limitando con cántabros y turmogos; Roa de Duero sería la más oriental de las ciudades vacceas, siendo ya Clunia, en Coruña del Conde, ciudad arévaca; finalmente el límite meridional sería el peor definido, viniendo delimitado por ciudades vacceas como Cuéllar y Coca, en Segovia, Matapozuelos y Tordesillas, en Valladolid, y El Viso de Bamba, en Zamora. Vasto territorio que, referido a las actuales demarcaciones administrativas, comprendería la totalidad de la provincia vallisoletana y buena parte de las de León, Palencia, Burgos, Segovia, Ávila, Salamanca y Zamora, pero que, en cualquier caso, habría de entenderse, antes que como un territorio de estructura estatal, como el resultado de la agregación de las diferentes unidades políticas básicas u oppida que la integran.

En efecto, de un lado los datos arqueológicos permiten defender esta idea, apoyándose en el peculiar modelo de poblamiento vac-



Reconstrucción de la decoración damasquinada en plata y cobre del puñal y tahali de tipo Monte Bernorio de la tumba 28 de Las Ruedas (Pintia, Padilla de Duero)

ceo, constituido por grandes centros urbanos que pueden alcanzar como media las 15/20 ha, separados entre sí por distancias considerables de una o dos jornadas de camino y espacios intermedios sin habitar (los llamados «vacíos vacceos»), conformando un territorio en el que, salvo algunas excepciones, no parece articularse un modelo jerarquizado de poblamiento. A su vez la estructura social compleja que delata este modelo de organización, al frente de la cual se hallaría una oligarquía guerrera, encuentra refrendo también en determinados ajuares suntuosos del contexto funerario y en la acumulación de excedentes en forma de atesoramientos de joyas y monedas que han proporcionado contextos habitacionales en Palencia, Palenzuela, Roa de Duero o Pintia.

De otro lado las fuentes clásicas complementan la información arqueológica, al referir la importancia que las ciudades desempeñaron, a través de sus consejos de ancianos y asambleas, eligiendo caudillos o decidiendo sobre la declaración de la guerra en cada situación concreta. Concluyente de la sugerida idea de auténticas ciudades-estado vacceas son las referencias de Tácito o Apiano sobre campañas dirigidas no contra el pueblo vacceo sino contra ciudades concretas como Cauca, Intercatia o Pallantia; o de igual manera el hecho de que en el terreno de la epigrafía la referencia al origen figure siempre referida a la ciudad.

Si podemos tildar a estos núcleos como las primeras ciudades del territorio central de la cuenca del Duero, una aproximación al número de personas que pudieron albergar resulta en gran medida arriesgada. Una vez más las fuentes escritas nos hablan de concentraciones de hasta 20.000 guerreros en lugares como Cauca o Intercatia en el 151 a.C., cifra que, como el propio Schulten señalara, parece deba considerarse intencionadamente exagerada. Lo cierto es que el escaso alcance de las excavaciones arqueológicas en el territorio objeto de estudio no ayuda a ser concluyentes al respecto. Cálculos aproximativos, valorando las superficies ocupadas y sobre todo a partir de la estructura interna de estas ciudades revelada por la fotografía aérea, permitirían sugerir, con notable grado de inconcreción, poblaciones de varios miles de habitantes.

Descendiendo en el nivel de análisis espacial, diremos que se trata de unas ciudades en las que además es posible definir diferentes áreas funcionales como: hábitat principal frecuentemente delimitados por obras defensivas a base de murallas de adobe y madera y fosos (con testimonios directos tanto en las fuentes clásicas como, una vez más, a través de la fotografía aérea), arrabales extramuros, barrios artesanales, basureros, ustrinum, necrópolis, canteras, posibles santuarios, así como territorios de explotación y viales, estos últimos de definición más difícil. El interior de la zona residencial parece articularse dentro de una trama de cierta regularidad, en la que una serie de calles, de mayor o menor entidad, delinear manzanas en las que se integran las diversas viviendas, cuyo módulo rectangular contribuiría, sin duda, a cierta racionalidad en el uso y distribución del espacio.

Casas estructuralmente de adobe, tapial y madera, con cubiertas de paja y suelos de tierra apisonada, en los que la actividad doméstica queda vertebrada en torno a un hogar preparado a nivel del suelo, serían las características genéricas de la vivienda vaccea. No se ha excavado aún ninguna casa completa, lo que dificulta ser más precisos en cuanto a su distribución interna. Sin embargo, a través de los trabajos más recientes en la ciudad de Pintia (Padilla de Duero, Valladolid), sí parece que debieron de contar con varias estancias, documentándose áreas de almacenamiento y procesado de alimentos, como también hornos domésticos, espacios artesanales con telares, etc. Espacios cuya funcionalidad viene definida tanto estructuralmente como por la distribución que manifiestan los ajuares domésticos cerámicos, metálicos y óseos, u otra serie de ecofactos como trigos y bellotas carbonizadas, restos de fauna, etc., particularmente abundantes en los niveles de incendio documentados en algunas estratigrafías.

Introduciéndonos en la base económica de estas gentes, diremos que son precisamente esos últimos materiales a los que nos referíamos los que mayor información arrojan para intentar bos-

quejar no sólo su base dietética, sino también el biotopo que les albergó, al parecer bien diferente del actual. Aunque una vez más los datos son escasos, yacimientos como Padilla de Duero, Roa de Duero o El Soto de Medinilla ofrecen una información preliminar. La proteína de origen animal doméstico debió de estar basada principalmente en bóvidos, ovicápridos y suidos.

Así, los primeros alcanzaron una importante representación en Roa, mientras que en El Soto de Medinilla, por su tamaño pequeño y ausencia de castración, parece tratarse de una cabaña escasamente especializada.

En cuanto a los ovicaprinos, el testimonio de las fuentes parece ser bien expresivo del papel protagonista que desempeñaron dentro de la sociedad vaccea y celtibérica en general, quizás no tanto en relación con su consumo como por los productos derivados y en particular por la lana. Materia prima, de característico color negro, que serviría de base para una floreciente actividad textil: la confección de sagum o capas de lana, cuyo aprecio convirtieron a este producto en valor de cambio en el pago de tributo de guerra (así, los 10.000 saga que Lúculo recibiera tras el asedio a la ciudad de Intercatia).

Aunque las fuentes clásicas no hacen alusión a los suidos, éstos debieron de jugar un papel igualmente importante. Y ello pese a su secundaria e incluso anecdótica contribución al espectro alimenticio de la mayoría de los hábitats vacceos analizados. Por referirnos a un caso concreto cabe señalar el contraste existente entre los registros habitacional y funerario de Pintia (Padilla de Duero), ya que, si en el poblado de Las Quintanas su representación está muy menguada, en la correspondiente necrópolis de Las Ruedas constituye la especie mayoritaria entre las viandas funerarias. Dato



Ajuares cerámicos de la tumba 37 de la necrópolis de Las Ruedas (Pintia, Padilla de Duero). Siglos III-II a.C.

éste que si lo unimos al fenómeno de recreación artística de que fue objeto este animal, o su homólogo salvaje, sobre diversos soportes metálicos (espadas, fibulas, placas, puñales, etc.) y en especial al de su representación reiterativa (hasta diecisiete individuos) en el pomo de un puñal de tipo Monte Bernorio de la tumba 32 de Pintia, correspondiente a un guerrero de alto estatus, nos podría estar dando la clave de su particular aprecio y consumo elitista.

La gallina aparece representada en los niveles vacceos de El Soto de Medinilla, así como entre las ofrendas de la citada necrópolis pintiana. Su introducción a partir del mundo fenicio parece fuera de toda duda, así como su extensión peninsular durante la Segunda Edad del Hierro.

Finalmente el caballo, antes que en relación con el consumo, debió de jugar un papel importante como elemento táctico. El elogio que los autores clásicos hacen de la caballería celtibérica, y por extensión de la de algunas ciudades vacceas como Pallantía o Intercatia parece suficientemente expresivo al respecto.

Los recursos cinegéticos, por su parte, debieron de constituir un complemento no sin importancia en la dieta vaccea, con especial atención a cérvidos y lepóridos. En este caso, más determinante que la información arqueológica resulta el testimonio de autores como Apiano al referirse a los intercatienses como grandes consumidores de ciervo y liebre.

La aportación vegetal básica de la dieta estuvo fundada en una agricultura cerealista intensiva. Los silos de algunos poblados vacceos, o las abundantes referencias escritas son bien explícitos sobre el carácter excedentario de las cosechas vacceas. Recordemos que en el 134 a.C. Escipión el Africano, consciente del potencial productivo de los campos vacceos y del habitual suministro que ofrecían a Numancia, desarrolló campañas de castigo específicamente orientadas a destruir las cosechas vacceas.

También el registro arqueológico, en aquellos casos en que se ha producido una fase de destrucción por incendio, arroja con frecuencia el dato de silos rellenos de trigo carbonizado que vienen a confirmar lo antedicho. No queremos dejar de señalar, por más que el dato corresponda todavía a trabajos de excavación en la actualidad abiertos y pendientes de un estudio más profundo, la constatación igualmente, entre dichos niveles de destrucción violenta, de acopios de bellotas en una vivienda de época sertoriana de Pintia, dato que refrenda la noticia de Estrabón sobre el aprovechamiento de tales recursos entre los pueblos del norte peninsular para la elaboración de pan de bellotas.

Finalmente, parece inexcusable referirse a un texto de Diodoro, recogiendo la información de Posidonio, que dio pie para hablar del colectivismo agrario vacceo de base cerealista, según el cual se ha interpretado la existencia de un régimen económico de propiedad comunal de la tierra. Este texto, que señala que «cada año reparten los campos para cultivarlos y dan a cada uno una parte de los frutos obtenidos en común» y que «a los labradores que contravienen la regla se les aplica la pena de muerte», ha sido explicado bajo diversas ópticas (desarrollo social y económico primitivo; organización social de base tribal; falta de fijación al territorio como consecuencia de migraciones recientes, etc.) que no parecen encajar con la realidad que ofrece el registro arqueológico. Explicaciones más recientes serían las de Almagro-Gorbea o Salinas de Frías, de carácter pudiéramos decir que antagónicas. Mientras que para el primero dicho rasgo constituiría parte esencial del sustrato protocéltico de este *populus*, para el investigador salmantino lo recogido por las fuentes sería la expresión coyuntural de la crítica situación que para los pueblos indígenas representó el proceso de conquista romano.

Con todo, el sector agropecuario no debió de constituir la base económica exclusiva de las gentes vacceas. El análisis de la cultura material obtenida en el registro arqueológico permite concluir la intensidad y alcance de los intercambios comerciales que, amen del marco local, habrían alcanzado cuando menos una dimensión interregional. Uno de los déficits más evidentes en este territo-



Tesoro núm. 3 de Las Quintanas (Pintia, Padilla de Duero). Siglo I a.C.

rio sedimentario de la zona central de la cuenca del Duero fue la ausencia de criaderos metálicos que sustentan los trabajos de bronceístas, herreros y orfebres. Y sin embargo, dentro de la región vaccea encontramos una espléndida variedad y cantidad de elaborados metálicos, algunos de ellos incluso con rasgos de peculiaridad suficientes para otorgar a la metalistería u orfebrería unas señas de identidad propias.

Dichas relaciones muestran conexiones especialmente vivas con la zona septentrional de las actuales provincias de Palencia y Burgos, e incluso Álava, donde se establecieron los históricos cántabros, autrigones, turmogos o berones. En efecto, en las conocidas necrópolis de Monte Bernorio (Palencia), Miraveche, Ubierna o Villanueva de Teba (Burgos) o La Hoya (Álava), comparecen espadas de tipo Miraveche, puñales y caetrae de tipo Monte Bernorio o broches de tipo Bureba, por no hablar de determinados tipos de fibulas, perfectamente atestiguadas en el Duero medio, planteándose en la actualidad el carácter subsidiario de tales productos en territorios arévaco y vettón con respecto al ámbito vacceo.

Otra serie de elementos como las cerámicas elaboradas a mano y decoradas con peine inciso-impreso proporcionan igualmente referencias de interés en cuanto a las relaciones y actividades comerciales. Estas cerámicas de tan honda raigambre historiográfica en el círculo vettón, en yacimientos como La Osera o Las Cogotas, encuentran abundante representación en la región vaccea, con una estética impresa prevalente aquí, y con proyección hacia el Alto Duero.

La recién incorporada —probablemente ya en la primera mitad del siglo IV a.C.— cerámica a torno, tanto en su variedad más tosca de colores oscuros como la más fina, pero no por ello menos extendida, de tonos anaranjados y decoración pintada con motivos geométricos, alcanzará gran

importancia, desplazando paulatinamente a las producciones manuales. Comenzamos a poder valorar o acotar la dimensión productiva de estos nuevos alfares, concebidos como centros especializados y segregados de los núcleos de habitación. Tal es el caso del barrio artesanal de Carralaceña, vinculado al oppidum de Pintia, localizado en la orilla derecha del Duero, es decir, en la contraria a la que se extiende la ciudad amurallada. Aquí hemos documentado varios hornos de cocción cerámica, el más completo y espectacular de ellos, el horno núm. 2, con ocho metros de envergadura que pasa por ser el de mayores dimensiones en su género de la Península Ibérica, y en cuyo interior debieron de cocerse miles de recipientes. Resulta tentador pensar, a la luz del notable volumen de producción, en una distribución a escala regional. No obstante, aún sin desechar esta posibilidad, parece aconsejable tomar en consideración la cuantiosa demanda interna de producción que estas ciudades pudieron suscitar, tanto para usos domésticos como funerarios; opinión sugerida igualmente por el localismo que algunas decoraciones y formas permiten derivar de su ámbito de distribución.

Entrando ya en el resbaladizo terreno del mundo de las creencias será necesario confesar más que nunca la limitación de la disciplina arqueológica para captar las ideologías que subyacen a determinados registros. Si la religiosidad de cualquier grupo humano expresa la necesidad vital de establecer relaciones de equilibrio con un mundo físico a menudo hostil, al tiempo que dar una respuesta colectiva y cohesiva al trágico hito de la muerte, es en estas dos grandes esferas de trascendencia donde deberemos buscar las respuestas creadas por el pueblo vacceo.

Los datos que poseemos para el primero de los aspectos, a través de las fuentes escritas, son realmente escasos; carecemos de las descripciones etnográficas proporcionadas por César para la Galia, ciñéndose aquí los cronistas romanos a relatar, prioritariamente, las campañas bélicas.

Con todo, la comunión con una religión céltica de tendencia universalista, en la que predomina una idea globalizadora, no antropomorfizada, plasmada en Lug o Dis Pater, parece adecuada, según marcó Simón y Sopena, para interpretar los textos estrabonianos y apianos referidos a un culto lunar atestiguado entre celtíberos y vacceos. Según el primero de estos autores clásicos «los celtíberos y otros pueblos que lindan con ellos por el norte [...] tienen una divinidad innominada a la que, en las noches de plenilunio, rinden culto hasta el amanecer en las puertas de sus casas»; por su parte el texto de Apiano, esta vez referido directamente a los vacceos de Pallantia, señala que éstos en el 136 a.C., combatiendo contra Lépidio, se detuvieron por un eclipse de luna que interpretaron como signo divino. En dicha línea argumental este culto lunar estaría relacionado con la divinidad céltica más importante, Lug, interpretada por César como Dis Pater, divinidad nocturna que da origen a los seres y a las cosas.

En la mentalidad céltica la noche origina al día de la misma forma en que el ser nace del no-ser. Así se entiende que los celtas contaran por noches, fijando el inicio del año en la noche del 1 de noviembre, festividad de Samain, en la que se producía el contacto con el Más Allá y cuyas reminiscencias en el Día de los Santos cristiano o en el Halloween anglosajón son evidentes. Perduraciones igualmente atestiguadas para otra de las grandes fiestas del calendario céltico: Lughnasadh o «asamblea de Lug», de marcado carácter agrario, celebrada en agosto como culminación de las cosechas, en la que este Dis Pater, dentro de la polivalencia que le caracteriza, muestra su poder de manera más positiva y que, consignada en la épica irlandesa, se contrasta arqueológicamente en el santuario turolense de Peñalba de Villastar, según puso de manifiesto Marco Simón.

La mención epigráfica a dicho culto y festividad en este santuario rocoso, vinculada a cazoletas y canalillos excavados en la roca caliza relacionados, como en otros santuarios vettones (Ulaca) o lusitanos (Panoias), con sacrificios cruentos, encajaría perfectamente dentro de la práctica de ofrecimiento de primicias en tan importante hito del ciclo anual.



Horno núm. 2 del barrio alfarero de Carralaceña (Pintia). Siglo I a.C.

Dentro de los grandes dioses de la Céltica, aparte de Lug, habría que mencionar a las Matres, con un marcado carácter tópico, y a Epona que, de manera general, simbolizan la maternidad y fecundidad en su mayor amplitud, alcanzando su culto una significativa importancia en la Celtiberia. Finalmente, la epigrafía proporciona también otra serie de teónimos que evidencian un culto exclusivamente local referido a accidentes naturales como los montes, los bosques o las aguas, aunque no entendidos como entes a los que se rinde culto, sino más bien como medios en los que se expresa una divinidad con múltiples apariencias.

Algo similar cabe plantear con respecto a los animales representados en cerámica, fíbulas, extremos de pulseras o brazaletes, etc., interpretados por unos como testimonio de cultos zoolátricos o totémicos, y por otros, desde perspectivas racionalistas, como simples recreaciones naturalistas. Más bien, en opinión de Sopena, cabría suponerlos símbolos que representarían a una divinidad que sin embargo no se limita a ellos mismos. Probablemente en este sentido debieran ser interpretadas unas enigmáticas esquematizaciones zoomorfas en perspectiva cenital, distribuidas desde Azaila (Teruel) hasta San Martín de Oscos (Asturias), aunque centradas sobre todo en el área vacceo-arévaca, y que se utilizaron indistintamente con fines funerarios, para sancionar pactos de hospitalidad, como amuletos, como broches de cinturón, como laña de un recipiente cerámico fracturado, en recipientes probablemente litúrgicos o dentro de complejas escenas de apoteosis guerreras sobre objetos de lujo, como en este último caso y por citar un ejemplo, aparecería en el pomo de un puñal de la tumba 32 de Las Ruedas de Pintia.

Por lo que a la escatología del pueblo vacceo respecta debemos hablar de un ritual tripartito, con un tratamiento normativo, basado en la cremación de la generalidad de los cadáveres, y otros

dos diferenciales, practicados únicamente con los individuos de más corta edad o con los guerreros muertos en combate, concretados en la inhumación bajo las viviendas y en la exposición a los buitres, respectivamente. Comenzando por las excepciones a la regla general, diremos que la práctica de inhumar a los niños menores de un año ha de explicarse en el marco de unas sociedades preindustriales castigadas con unos elevados porcentajes de mortalidad infantil, en las que los infantes carecen de reconocimiento social en tanto en cuanto no superen una edad mínima de supervivencia; pocas palabras más que las de Plinio son necesarias para apoyar esta idea: «es costumbre universal no incinerar a una persona antes de que le salgan los dientes». En cuanto al ritual de exposición a los buitres, su práctica entre celtíberos y vacceos viene sancionada por las fuentes clásicas y por la iconografía de la cerámica numantina, entre otros documentos. En particular para nuestro caso es Claudio Eliano el que refiere: « los vacceos (pueblo de Occidente) ultrajan los cadáveres de los muertos por enfermedad, y que consideran que han muerto cobarde y afeminadamente, y los entregan al fuego; pero a los que han perdido la vida en la guerra, los consideran nobles, valientes y dorados de valor y, en consecuencia, los entregan a los buitres, porque creen que éstos son animales sagrados». Un texto que muestra la existencia de una ética agonística entre estas gentes, y que, por tanto, a través de este ave sagrada propiciaría la llegada inmediata al ámbito celeste, lugar de residencia de la divinidad, del guerrero muerto con el máximo honor: blandiendo su propia arma.

Si pasamos a analizar el mundo normativo del ritual funerario vacceo, inicialmente es necesario partir de la precariedad de información existente. Cuatro o cinco necrópolis, unas descubiertas por azar y sin apenas referencias, otras expoliadas o aunque excavadas todavía inéditas, es casi todo de lo que disponemos. Por ello la referencia obligada es el cementerio de Las Ruedas, de Pintia, cuyo estudio ha sido recientemente publicado. Así, a través de este registro funerario sabemos que el tratamiento habitual fue la cremación en una pira funeraria y el posterior traslado de los restos óseos, en unión de ajuares personales y ofrendas, al espacio sacro cementerial. Un hoyo de diversa envergadura en superficie y profundidad sirvió para alojar los despojos, sellando con pequeñas lajas calizas el depósito y, ocasionalmente, señalizando exteriormente el mismo con grandes estelas pétreas.

La evidente creencia en la inmortalidad llevó a estas gentes a trasladar al ámbito de ultratumba aquellos elementos que durante la vida habían simbolizado su estatus, ya sea por sexo, edad o condición social, así como a incluir frecuentemente vituallas viáticas. Tal circunstancia confiere al registro funerario, pese a su carácter profundamente simbólico, una gran potencialidad para la reconstrucción social de estas poblaciones. De esta forma, la gran variabilidad existente en la composición de ajuares y ofrendas de acompañamiento presentes en las tumbas traduciría la complejidad de una sociedad claramente jerarquizada, dirigida por un minoritaria oligarquía guerrera y sustentada por una amplia base social.

Evidentemente en la definición del rango vertical los extremos resultan más fáciles de identificar. Así tumbas como la 28 ó 32 de Las Ruedas, con inclusión de armas damasquinadas o espadas, se situarían en la cúspide, mientras que las llamadas «tumbas pobres», sin más evidencia que los restos cremados, incluso depositados directamente sobre el suelo, estarían en la base de la pirámide social. Sin entrar al detalle en la reconstrucción de los rangos, tanto en su dimensión vertical como horizontal, resultan especialmente importantes algunos conjuntos dobles como las tumbas 30 y 50 de Las Ruedas. Nos referimos a enterramientos sincrónicos que han sido objeto de depósito en un *loculus* único o común y que, por tanto, debieron de mantener en vida algún tipo de vínculo muy estrecho. Así, en la sepultura 30 una pequeña laja caliza enhiesta servía de separación a sendas urnas cinerarias y sus ajuares y ofrendas correspondientes, cuyo análisis antropológico ha deparado una condición de varón de 40-50 años y de mujer de 18-20 años. Los 17 objetos que incluye el



Hornos domésticos del poblado de Las Quintanas (Pintia, Padilla de Duero). Obsérvese la tapadera con representación zoomorfa en perspectiva cenital, posible deidad vacceo-arévaca. Siglo I a.C.

primero frente a los 7 de la segunda, de los cuales los elementos metálicos muestran una proporción de 7 a 1, nos indican con claridad diferencias de rango horizontal entre un guerrero de estatus elevado y una mujer estrechamente vinculada a él.

Es evidente que una necrópolis cumplió una doble finalidad: de acogimiento definitivo para el finado, pero también de lugar de culto para los vivos. Este último aspecto puede explicar, de un lado, la existencia de hitos externos y, de otro, el modelo de ocupación detectado en el referido cementerio de Las Ruedas, en el que se desconocen las superposiciones estratigráficas y por el contrario se define una estratigrafía horizontal resultante de un probable modelo radial de ocupación del espacio, entre el siglo IV a.C. y el final del I d.C.

Como señalábamos inicialmente, los testimonios escritos referidos al pueblo vacceo están en relación fundamentalmente con el proceso de conquista romana y son ellos, en unión del cambiante registro arqueológico, los que testimonian el inicio de una nueva etapa en la historia del valle medio del Duero. Sin intención de ser exhaustivos en la relación de hitos que acotan dicho proceso, señalaremos los referidos a Lúculo del 151 a.C., el cual, sirviéndose de engaños y haciendo gala de un cruel pragmatismo, pasó a cuchillo a los caucenses, para más tarde dirigirse contra Intercatia (aquí los honores, sin embargo, se los llevaría en buena liza Escipión, al derrotar en duelo singular a su «rey», circunstancia que nos remite una vez más, según se indicó previamente, a la ética agonística céltica) y Pallantia.

Sobre esta última ciudad Lépido y Bruto, en los años 137-136 a.C., dirigieron campañas sin éxito, antes bien sufrieron cuantiosas pérdidas y hubieron de huir precipitadamente. Como tampoco los

referidos ataques de Escipión sobre los campos vacceos en el 134 a.C., sin más objeto que cortar el suministro de cereales a los numantinos sitiados, representaron sometimiento del territorio vacceo. Únicamente su sector meridional puede considerarse pacificado y bajo la esfera romana a partir de la campaña de Didio en el 97 a.C.

Ni los diferentes episodios de la contienda entre Sertorio y Pompeyo del 74 a.C., ni la posterior revuelta sofocada por Metelo en el 56 a.C., desembocaron en la absorción del pueblo vacceo a la esfera romana. La campaña de Estatilio Tauro durante el 29 a.C. a lo largo de los valles del Duero y del Pisuerga inicia, finalmente, el proceso de asimilación efectiva del territorio vacceo. Dos años después caerá, a manos de Apuleyo, Intercatia, y en el 25 a.C., junto con los astures caerá, a manos de Carisio, Lancia, el último bastión.

A partir de entonces, el fenómeno de la romanización irá infiltrándose lenta pero inexorablemente en todos los ámbitos de la cultura vaccea. Un proceso del que las fuentes escritas apenas arrojan información pero que, por el contrario, encuentra reflejo de diversa intensidad en el registro arqueológico. Así, determinados oppida vacceos serán definitivamente abandonados; otros, como Pintia, muestran la desaparición de barrios artesanales alfareros como el de Carralaceña, seguramente en relación con nuevos sistemas de comercio y distribución de productos; o, finalmente, por no extendernos más, registros funerarios como el referido de Las Ruedas irán caminando hacia lo que A. Fuentes ha definido como «Romanización material» o, lo que es igual, tumbas de época augústea, como la 56 pintiana, con una incorporación cuantitativamente limitada de elementos foráneos en el marco de un repertorio material claramente indígena, que andando en el tiempo, tumbas 57 y 58 pintianas de época flavia, permitirán definir una segunda fase de «romanización ritual y/o tipológica» caracterizada ya por la inclusión de elementos artefactuales claramente romanos en las tumbas, a la par que un cambio neto en la mentalidad sepulcral.

Romanización que, en cualquier caso, no debe entenderse como la disolución del sistema cultural vacceo fraguado a lo largo del Primer Milenio a.C. y cuya floreciente prosperidad permitió en su momento, además de desarrollar una tecnología puntera en diversas esferas, fundar los primeros núcleos urbanos del territorio. Los extensos campos de cereales, la peculiar arquitectura de barro y madera, las jarras u oinochoes para servir bebida, las parrillas de hierro y los corderos lechales que sobre ellas se transforman en succulentos bocados..., tal y como hoy los percibimos, sugieren una herencia que, aunque lejana en el tiempo, parece mantener viva la huella de nuestro pasado céltico, específicamente, vacceo.